

La diosa Minerva en el Virreinato de la Nueva Granada

Cultura escrita, historiografía y sociedad en el Virreinato de la Nueva Granada. Nuevas perspectivas de análisis sobre el Papel Periódico de Santafé de Bogotá (1791-1797)

RENÁN SILVA

La Carreta Histórica, Medellín, 2015, 338 pp.

EL LIBRO en referencia es una revisión, relectura y replanteamiento del clásico *Prensa y revolución en los finales del siglo XVIII* (1988) del autor. En el que nos ocupa, Silva adelanta, en una introducción, seis capítulos y unas conclusiones, nuevas preguntas que rebasan el marco tradicional de la historia de las ideas y de la cultura, basado en un permanente e implacable interrogatorio analítico de los apéndices, disertaciones, exégesis críticas, artículos, y párrafos del *Papel Periódico de Santafé de Bogotá* (1791-1797), dirigido, editado y redactado por el cubano Manuel del Socorro Rodríguez (1758-1819), quien además fue seleccionador de noticias, autor y director de los 265 números de ocho páginas, en formato de octavo, ajustado a un plan general previamente diseñado, así como a unas normas periodísticas: lacónico y restrictivo en la noticia. Por ello tuvo que dividir los textos, publicar en dos o más números una noticia y comentarla, a veces suspendiéndola por otros requerimientos noticiosos y sacrificando sus *eruditas* reflexiones.

Dichas tareas las cumplió Rodríguez prácticamente en solitario, por iniciativa propia, presionado por la *economía de síntesis* y de *espacio*, por lo que enfrentó dificultades y zozobras económicas y técnicas como las presiones de un embrionario público lector, poco o nada acostumbrado a adquirir *bienes culturales*, cumplir con el pago de suscripciones, etc., pero exigente, rayando en la *opulencia de elocuencia*, pues semanalmente reclamaba la combinación de diversión y utilidad a la hora de recibir el producto, lo que tenía que ver con el nivel cultural general de la sociedad. Pese a esto logró

combinar, con relativo éxito, relatos históricos comprobables, como, por ejemplo, los relativos a la Revolución francesa, con las recientes y últimas noticias, con lo que avanzó, dio un paso adelante, hacia la cultura de las gacetas.

Por estas circunstancias, Silva presenta, simultáneamente, las innovaciones en el estilo y en la forma de presentar la noticia, los anclajes y rupturas con la tradición, y las incongruencias y rectificaciones que Rodríguez tuvo en su ejercicio periodístico. Los seis capítulos son elaborados ensayos en torno a un problema, a una noticia o a un hecho histórico, que sumados dan un coherente conjunto, pero que perfectamente se pueden tomar individualmente, en los que adelanta una sugerente interpretación de cómo el público lector o ilustrado, la opinión pública, pudo asumir la circulación y el proceso de información, por lo que suministra una visión diferente, crítica, del *auditorio deseado* y de la *imagen del lector*, como de la *sociedad letrada*, de la que tradicionalmente se ha intentado construir en los medio académicos colombianos y latinoamericanos.

Silva considera que Rodríguez adelantó una defensa estricta y unilateral de la monarquía española, especialmente de sus actuaciones en territorio americano, críticas que por la época adelantaban historiadores-filósofos como Robertson y Raynal, entre otros, así como autores de la Ilustración francesa como Montesquieu y Rousseau, unos más conocidos que otros, pero que tuvieron una difusión y una recepción. Pueda que tenga razón, pero, algunos años más tarde, en la primera década del siglo XIX, cuando el periodista dirigió y editó *El Redactor Americano* y *El Alternativo al Redactor Americano*, escribió un largo ensayo, por entregas, sobre la conquista y colonización de América, que si bien retoma y critica a los mencionados autores, también lo hace a la monarquía española, e incita un pensamiento *americanista* y, sobre todo, a desarrollar una antropología y arqueología que desentrañasen el pasado americano, y formulara un política de rescate y preservación del pasado. Esto nos permite pensar, de acuerdo con Silva, que, para esa

primera década, hay que tener otros interrogantes y planteamientos sobre la *circulación de las ideas* y la apropiación de modelos culturales.

Silva se vale de que Rodríguez fue testigo, autor y difusor de la ciencia moderna experimental para elaborar un interesante cuadro sobre las tensiones existentes entre la tradición cultural popular de la sociedad neogranadina y el reducido grupo de la élite ilustrada santafereña. Así mismo, demuestra cómo el *Papel Periódico* fue uno más de la red de semanarios que se publicaron en las principales ciudades coloniales americanas, promovidos por la política ilustrada de los Borbones, en aras de una felicidad pública. Hechos que generaron un cambio en la sociedad y en la cultura del virreinato.

A lo largo del libro queda claro que el bibliotecario y periodista fue, a la vez, un firme creyente del catolicismo, así como un racionalista convencido, algo que parecería contradictorio pero que es un elemento fundamental a la hora de entender la irrupción e implantación de un nuevo pensamiento, el de la Ilustración y la ciencia moderna, en la sociedad de finales del siglo XVIII, en donde la *superposición de planos diferentes*, en aras de una unidad conceptual, era más que común. Como también que tenía una elaborada concepción, un método y una ética de la manera de interpretar la historia a partir de las fuentes, así como del relato histórico, el cual debía ser imparcial, fiel, objetivo en términos modernos, sin ninguna clase de pasión, interés o disimulo; totalmente sujeto a un claro sentido de la utilidad pública, sin dejar de lado la instrucción y la diversión, y teniendo como referencia de comparación la historia griega y romana, y como punto de diferencia la historia profana y la historia sacra. Pero, aunque tenía esa concepción analítica, reflexiva y compleja, tuvo problemas al trasmitirla y explicarla, pues tuvo cierto escepticismo respecto al conocimiento histórico y, sobre todo, que el minoritario público lo captara y aceptara.

Quizás, uno de los defectos del análisis del *Papel Periódico* adelantado por Silva es que deja de lado situaciones de contexto que rodearon

la extraña y singular figura de Manuel del Socorro Rodríguez.

En primer lugar, poco o nada se dice de la formación intelectual del periodista y bibliotecario. En segundo lugar, se ignora completamente el ambiente doméstico y cotidiano en que vivió en Santafé de Bogotá, es decir el de la Biblioteca Pública, la cual contenía una rica colección de libros, manuscritos, etc., provenientes de las bibliotecas, seminarios y haciendas de los jesuitas. El contacto o relación con tales materiales hace pensar como posible que, a principios del siglo XIX, Rodríguez, con la ayuda del administrador de correos de Santafé, Diego Martín Tanco, hubiese enviado a España seis tomos manuscritos de sus *Obras prosaicas y poética*, que se perdieron con la invasión napoleónica y que, según parece, preparaba desde su llegada a Santafé, y la cual anunciaba en el *Papel Periódico* con frecuencia.

En tercer lugar, en referencia a lo anterior, los jesuitas Joseph Cassani, Joseph Gumilla, Antonio Julián, Juan Rivero y Samuel Fritz pertenecieron a toda una corriente iniciada por el también jesuita Manuel Rodríguez, a finales del siglo XVII, por conocer a fondo las misiones para poder evangelizar mejor. Lo que, de alguna manera, también hizo la Corona española a partir de 1735 con Jorge Juan de Santacilia y Antonio de Ulloa, y claramente desarrollado con las reales expediciones botánicas, en lo que algunos hemos llamado el *redescubrimiento científico de América*.

En cuarto lugar, el *Papel Periódico* comenzó a publicarse simultáneamente con el traslado de la Real Expedición Botánica y su director José Celestino Mutis de Mariquita a Santafé de Bogotá, circunstancia que sin duda contribuyó a que el ambiente cultural fuera particularmente favorable para la discusión, el análisis, etc.

El libro es un permanente reto y una invitación crítica a los historiadores para que revisen lo escrito sobre la Conquista y la Colonia; advierte sobre la *ligereza* de los recientes análisis de las jóvenes generaciones de historiadores, que han dejado de lado el análisis sociológico, antropológico, filosófico y marxista, y la historia social... muchas veces sin mayor acervo documental, pues puede más la historia *light*, que

raya en la más ramplona banalidad. A Colciencias, por su cada vez más exigente y absurda política de indexación de revistas científicas, así como la de promover y *ranquear* los grupos de investigación, generando una endiablada y fiera competencia, en total detrimento del investigador independiente. Y a las bibliotecas Nacional y Luis Ángel Arango por sus *higiénicas* políticas de no permitir la consulta directa de la prensa antigua, en aras de preservar el patrimonio.

José Eduardo Rueda Enciso

Profesor titular de la Escuela Superior de Administración Pública